

# La Moralidad Colectiva

Julián Marías

Buenas tardes, hoy vamos a hablar de un problema en relación con el horizonte del próximo siglo que es: *la moralidad colectiva*.

Ustedes saben que la moral es un asunto personal, por tanto es asunto individual, desde cada persona y, bueno, he tratado en otros lugares ese problema, algunos de ustedes conocen mi *Tratado de lo mejor* que plantea el problema moral en una perspectiva un poco nueva. Pero, el hombre vive en una sociedad, el hombre tiene una vida individual *pero* articulada con la vida colectiva y entonces la vida moral está condicionada naturalmente por la situación social en que se vive, por el conjunto de usos, de vigencias, de presiones sociales, de modelos, de ejemplos: todo eso influye enormemente.

Siempre queda –yo creo que hay que insistir en esto– en que, por ser asunto personal, lo decisivo es la libertad. Es decir, el hombre es responsable, el hombre hace su vida, elige su vida, la realiza en la medida en que las circunstancias lo permiten, pero el proyecto...; el proyecto es propio, el proyecto es personal, cada uno proyecta su vida, la imagina, intenta realizarla –la realiza o no, la realiza mejor o peor–; y hay el influjo de las circunstancias sociales (...)

La libertad es siempre fundamental y decisiva. La libertad hace además que el hombre sea responsable: yo soy responsable no del contenido último de mi vida ni de lo que me viene de fuera, pero sí de lo que yo elijo, de lo que yo prefiero, de lo que yo decido dentro de las posibilidades. (...) Un hombre de nuestra época recibe una serie de interpretaciones de lo real que tienen un carácter moral muchas veces. Se presentan formas de vida, se presentan formas de relaciones humanas, de familia, de moral política, de una serie de fenómenos y el hombre recibe, en cierto modo, interpretaciones que se presentan a una luz determinada, es decir, que son presentadas favorablemente o desfavorablemente según los casos, se presentan muy frecuentemente como normales porque son frecuentes.

Hay una identificación muy peligrosa en nuestro tiempo que es considerar que lo que es frecuente es normal y lo que es normal es lícito y lo que es lícito legalmente es moral. ¡No!, son identificaciones inaceptables. Puede haber cosas frecuentes que no son normales, puede haber cosas que son normales, pero a pesar de ser normales no son lícitas y pueden ser lícitas legalmente, pero moralmente no. Por tanto hay que ver en cada caso de qué se trata. (...)

Ustedes no olviden que la palabra moral se deriva del sustantivo latino *mos, moris*, que quiere decir costumbre. Es decir que las costumbres tienen un carácter moral, son vividas como algo que tiene una condición moral y evidentemente la moralidad queda afectada por esas costumbres. A veces se habla de "malas costumbres", se habla de "buenas costumbres" frente a las cuales, insisto, el hombre es siempre libre. El hombre puede en definitiva aceptar las vigencias o resistir a ellas. Tiene que tenerlas en cuenta: una vigencia es algo que tiene vigor y que por tanto tengo que tenerlo en cuenta. Hay cosas que no tengo en cuenta, de que no me ocupo: si me preguntan qué

opino de tales cosas, digo "no opino nada". Simplemente en mi vida no cuentan. Sin embargo, hay ciertas cosas con las cuales hay que contar. Y éstas ejercen presión y tienen vigor. Pero puedo resistir siempre, puedo aceptarlas, incluso con entusiasmo o tibiamente, o puedo resistirlas y puedo ir contra las presiones sociales, contra las vigencias. Pero no es muy fácil, no es muy fácil; y de hecho la vida colectiva, que es lo que hablaba yo en ese momento, queda afectada por este sistema de presiones.

Si consideramos la situación actual es curioso lo siguiente: lo que se muestra, lo que se presenta, diríamos, como modelo o como ejemplo, en los medios de comunicación escritos o hablados o visuales, es siempre minoritario. Este es una especie de problema curioso. Si piensan ustedes por ejemplo en la televisión. En la televisión ven ustedes ciertas personas o ciertos grupos de personas que aparecen, cuyas imágenes se muestran, que hablan, que expresan opiniones, sus maneras de ver las cosas etc. Son muy pocas personas, muy pocas. (...)

Y parece que esto tiene poca importancia. Pero no, tiene mucha. Tiene mucha porque es lo que se ve, es lo que consta. Es, diríamos, el punto de referencia que tiene el hombre o la mujer individuales (...).

No se entiende nada de nuestra época –y al decir nuestra época me refiero a los últimos decenios y no más–, sin tener en cuenta esa presión colectiva, minoritaria en realidad pero con efectos colectivos y que se ejercen sobre la totalidad, incluso de todas las clases sociales, de todos los niveles sociales.

Como ven ustedes esto es una transformación enorme. (...) Y como la influencia es enorme, la situación de la moral colectiva es inquietante. Esos influjos que son amplísimos, que son inundatorios, que afectan a casi todo el mundo, y que en gran proporción son muy discutibles o son incluso rechazables, son superficiales.

Algunos son superficiales porque afectan aspectos, diríamos, externos de la conducta y no afectan mucho al fondo de la actitud moral. Otros, que pueden ser más peligrosos en este sentido son efímeros, duran poco. (...) Entonces se produce un efecto de estrechamiento del horizonte o en cierto modo de manipulación, lo que podríamos llamar manipulación consentida. Lo cual tiene un carácter moral inquietante: eso es muy grave.

Por tanto, si miramos a la situación actual y tenemos que distinguir entre personas, es decir personas que tienen personalidad, personas que viven desde sí mismas que tienen sus opiniones personales, que pueden no ser muy buenas, pero son personales, que por tanto no se dejan manipular, que ejercen su libertad. Y hay otras muchas que no, hay muchas que están, diríamos, en un estado de pasividad, que aceptan lo que se recibe como – insisto en la fórmula– como la realidad misma. Que no ponen cuestión y entonces evidentemente dejan que su vida sea orientada, que sea configurada por influjos que son originariamente minoritarios, siempre son muy minoritarios: las gentes que manejan los medios de comunicación son pocas, muy pocas. Representan –repito– un estamento, un grupo, unas cuantas personas que ejercen un influjo enorme y no consciente: la mayor parte lo recibe con una especie de pasividad.

Yo no creo –yo he dicho muchas veces e insisto siempre en ello–, yo no creo que nuestra época sea particularmente inmoral. No lo es; yo creo que ha

habido épocas mucho más inmorales que la nuestra; lo que sí es, es una época de mucha desorientación. Sí, hay muchas gentes que en realidad no saben bien a qué atenerse, no saben bien qué opinar, aceptan lo que se les presenta, lo aceptan sin mucho de ilusión, sin mucha fuerza también, con cierta apatía o débilmente, pero lo aceptan. (...)

Hay un ejemplo curioso, los desplazamientos lingüísticos que son muy interesantes. Antes se decía por ejemplo la palabra "honrado"; hoy no se emplea apenas. La honradez era una virtud que se estimaba generalmente. La palabra "honesto" se empleaba en general para las cosas de tipo más bien sexual. Por influencia del inglés –el inglés es una lengua que actúa enormemente sobre los que no lo saben; los que la saben lo distinguen, pero los que no saben inglés (que son legión) tienen un influjo del inglés–, como en inglés *honest* es más bien honrado (la traducción más aproximada todas las palabras de estimación son muy difíciles de traducir: ¿como se dice "hidalgo" en otra lengua? o *gentleman...?*), pero evidentemente hay el sentido primario de *honest*, que es "honrado", "sincero" etc. Pero ahora se emplea "honesto". Y "honrado" está arrinconado, es una palabra que se emplea poco y no digamos la palabra "honor", esa sí que no se usa mucho, y es más importante. Y eso afecta a la situación.

Entonces se produce una especie de vacilación: se piensa que todo es aceptable: sí, ¿por qué no?, ¡claro! Y eso produce una impresión general de inseguridad. Evidentemente hay un gran número de personas que en definitiva no sabe a qué atenerse y entonces el juicio moral... (...) Pero la situación actualmente es que la gente cree que no se puede juzgar de nada y que lo mismo da: y a eso se llama a veces libertad. Libertad no quiere decir lo que me da la gana, o lo que uno me dice, o lo que uno me manda. Libertad es lo que uno puede querer, lo que uno puede querer personalmente. De ahí que muchas gentes no pueden querer lo que hacen, no lo quieren: lo hacen porque sí o porque se dice que está bien. No lo pueden querer. (...)

Esta situación no tiene quizá más remedio, más recurso que el ejercicio de la libertad. El problema está en que la mayor parte de la gente no actúa libremente, no actúa desde sí misma, desde el fondo de su persona, no decide, no elige, lo que realmente *quiere*, lo que realmente le parece bien...

Con lo cual nos veríamos en una situación –frente al siglo que va a pasar tan pronto...– en la cual hay una posibilidad que las gentes se dejen llevar. Entonces, evidentemente, se va a producir una desmoralización más profunda que la que hay actualmente. (...)

En definitiva, lo que puede servir de saneamiento general de la vida moral colectiva es el ejercicio de la libertad, la afirmación de la libertad. Como ven ustedes un poco paradójicamente después de insistir en el influjo de lo que es colectivo creo que lo decisivo es el punto de apoyo en la vida individual. Pero resulta –no me lo olviden ustedes, lo dije al principio–, eso que se presenta como influjo colectivo se origina en grupos muy minoritarios, es decir, se origina en vidas individuales. Y entonces se trata en definitiva de evitar que unos cuantos aprovechen las posibilidades técnicas del mundo actual –técnicas de todo tipo, incluso las sociales...– para manipular a los individuos y despojarlos de su realidad propiamente individual, propiamente personal (modo que, en definitiva, la libertad –como tantas veces– es el remedio. He dicho muchas veces, que la libertad –que tiene inconvenientes, que tiene males, sin duda ninguna– se cura no suprimiendo la libertad sino con

ne males, sin duda ninguna— se cura no suprimiendo la libertad sino con más libertad. Que la ejerzan todos, no que la ejerzan unos cuantos en nombre de los demás, porque eso es manipulación... (...)

Así, al hablar de la moralidad colectiva volvemos al punto de partida, es decir, al lugar en el cual reside propiamente la moralidad: la vida personal, la vida individual, la de cada uno de nosotros. Ven ustedes cómo en definitiva hay que buscar el remedio a los males, a los peligros que nos amenazan no directamente, no primariamente en las técnicas o digamos en los resortes de la vida colectiva, por ejemplo, en la política o en la economía —en la medida en que la economía también tiene una vertiente moral— hay que tener una apelación a la moral individual, a la moral de cada uno, en suma a la personalidad. El problema es que las gentes no abduquen de su personalidad. Hay muchas gentes, muchas personas —todos somos personas, por supuesto— pero hay muchos que no ejercen, hay muchos que hacen cesión de su condición personal, que dimiten de ella y se dejan llevar.

Ocurren fanatismos de toda especie, tan frecuentes, que se los ve en grandes escalas o en pequeñas escalas, mayores o menores, y de vez en cuando nos escandalizamos de algunos ejemplos que son muy llamativos y que son incluso pintorescos... Hay otros menos pintorescos pero más importantes, más profundos y la gente se ha embarcado. Cuando Ortega estuvo en Alemania, muy brevemente en el año 34 —no tuvo ningún tipo de actuación, más que ver a algunas personas individuales, como Husserl—, me acuerdo cuando volvió nos decía a los que éramos estudiantes suyos: "El problema está en que los alemanes se embarcan en una idea como en un trasatlántico".

Esto pasa con los alemanes y con muchos que no son alemanes: embarcan en una idea, en general en una pseudo-idea —algo que no se puede sostener, algo que no se puede justificar, que no es verdad— como en un trasatlántico y dimiten de su personalidad, se dejan llevar, se dejan arrastrar, a veces es una especie de virus que prende y que llega a ser incluso frenético. Este es uno de los grandes problemas, de los grandes peligros y, como ven ustedes en nuestra época por las condiciones sociales, por las condiciones estructurales por el influjo de la técnica y por lo que ella permite, tiene una forma distinta de lo que pasaba hace un siglo, hace cinco siglos o hace veinte siglos: se ha cambiado enormemente y creo que por tanto hay que tener en cuenta esas posibilidades, esos peligros, esos riesgos para buscar el remedio, si lo tiene, en la vida personal.

*Resumen de una conferencia pronunciada en Madrid el 15 de abril de 1998 en el "Instituto de España", como parte del curso "España posible del siglo XXI". Julián Marías nació en 1914 en Valladolid. Escritor prolífico, comenzó a publicar en 1941 (Historia de la filosofía) y desde entonces sus libros han sido muy leídos en España y reeditados. En su itinerario pueden destacarse dos obras: Antropología metafísica (1980) que, según el mismo autor, es su libro más personal hasta entonces, donde descubre lo que él llama "la estructura empírica de la vida humana"; y La felicidad humana (1987), una obra feliz concentrada sobre la indagación acerca de la persona humana.*